

XVI

LA HISTORIA

El señor Román dejó sobre el mostrador media docena de volúmenes.

—Os ruego, señor Blaizot—dijo—, que me enviéis estos libros, entre los cuales están la *Madre y el Hijo*, las *Memorias de la corte de Francia* y *El testamento de Richelieu*. Mucho os agradecería que me enviarais las obras de asunto histórico recientemente recibidas, y, sobre todo, las que conciernen á Francia desde la muerte de Enrique IV. Son obras que me interesan muchísimo.

—Tenéis razón, caballero—dijo mi buen maestro—. Los libros de historia están llenos de detalles propios para divertir á un hombre honrado y se tiene la seguridad de hallar en ellos una infinidad de cuentos agradables.

—Señor abate—respondió el señor Román—, lo que yo busco en los historiadores no es un en-

tretenimiento frívolo, sino una enseñanza seria, y mucho me desazona encontrar ficciones unidas á la verdad. Estudio las acciones humanas con relación á la conducta de los pueblos, y busco en las historias máximas de gobierno.

—No lo ignoro — respondió mi buen maestro—. Vuestro tratado de la *Monarquía* es bastante conocido para que se sepa que supisteis concebir una política sacada de las historias.

—De ese modo—dijo el señor Román—he sido el primero en trazar á los príncipes y á los ministros reglas de conducta de las que no pueden apartarse sin correr un gran peligro.

—Por eso se ve, caballero, en el frontispicio de vuestro libro, bajo la figura de Minerva presentando á un rey adolescente, el espejo que os ofrece la musa Clío remontándose sobre vuestra cabeza en un gabinete adornado con bustos y cuadros. Pero tolerad que os diga que esa musa es una embustera y que os ofrece un espejo engañador. Hay pocas verdades en las historias, y los únicos hechos acerca de los cuales no hay discusión, son los que provienen de una fuente única. Los historiadores se contradicen unos á otros en cuanto tratan del mismo asunto. ¡Es más! Vemos que Flavius Josef, que describe los mismos acontecimientos

en sus *Antigüedades* y en sus *Gueras de los Judíos*, los refiere de un modo distinto en cada una de dichas obras. Tito Livio sólo es un recopilador de fábulas, y Tácito, vuestro oráculo, me parece un mentiroso austero que se ríe del mundo con expresión grave. Estimo bastante á Thucydides, á Polibio y á Guichardin. En cuanto á nuestro Mezeray, no sabe lo que dice, sucediéndoles otro tanto á Villaret y el abate Vely. Pero critico á los historiadores y es la Historia lo que debe ser criticado.

»¿Qué es la Historia? Una recopilación de cuentos morales, ó bien una mezcla elocuente de narraciones y arengas, según que el historiador sea filósofo ó retórico. Pueden hallarse en ella hermosos fragmentos de elocuencia, pero no debe buscarse la verdad; porque la verdad consiste en mostrar las relaciones necesarias de las cosas, y el historiador no sabría establecer esas relaciones, no siéndole posible seguir el encadenamiento de los efectos y de las causas. Considerad que cuando la causa de un hecho histórico reside en un hecho que no lo es, la historia no lo advierte. Y como los hechos históricos están ligados á los que no lo son, resulta que los acontecimientos no se encadenan naturalmente en las historias, sino

que están ligados unos á otros por puros artificios de retórica. Observad también que la distinción entre los hechos que entran en la historia y los hechos que no entran en ella, es por completo arbitraria. De ahí resulta que, lejos de ser una ciencia, la historia está condenada por un vicio de naturaleza á la vaguedad de la mentira. Siempre carecerá de continuidad y de perseverancia, sin las cuales no hay verdadero conocimiento. Habréis observado que no se puede sacar de los anales de un pueblo ningún pronóstico acerca de su porvenir. Pero la condición de las ciencias consiste precisamente en ser proféticas, como lo acreditan las tablas donde las lunas, las mareas y los eclipses están calculados de antemano, mientras que las revoluciones y las guerras escapan al cálculo.

El señor Román hizo saber al señor abate Coignard, que sólo pedía á la Historia verdades confusas, inciertas y unidas á errores, pero infinitamente preciosas por su objeto, que es el hombre.

—No ignoro—añadió—cuantas fábulas y farsas desfiguran los anales humanos. Pero á falta de una rigurosa continuidad de causas y efectos, advierto una especie de plan que aparece y desaparece á trechos como las ruinas de esos tem-

plos casi enterrados en la arena. Esto solo, sería para mí de un valor inestimable, y me alabo de que la Historia en el porvenir, formada con materiales abundantes y tratada con método, rivalizará por su exactitud con las ciencias naturales.

—No contéis con eso—respondió mi buen maestro—. Creo, por el contrario, que la creciente abundancia de memorias, correspondencias y documentos archivados, dificultará la tarea de los historiadores futuros. El señor Elward, que consagra su vida á estudiar la revolución de Inglaterra, asegura que la vida de un hombre no bastaría para leer la mitad de lo que fué escrito durante aquellos disturbios. Recuerdo un cuento que respecto á ese particular me refirió el señor abate Blanchet y que yo repetiré como pueda, sintiendo que el abate Blanchet no esté aquí para contarle él mismo, porque es un hombre ingenioso.

»He aquí el apólogo:

»Cuando el joven príncipe Zemire sucedió á su padre en el trono de Persia, mandó llamar á todos los académicos de su reino, y habiéndolos reunido les dijo:

»—El doctor Zeb, mi maestro, me ha enseñado que los soberanos no se expondrían á cometer

tantos errores si tuvieran presentes los ejemplos del pasado. Por eso quiero estudiar los anales de los pueblos. Os ordeno que compongáis una historia universal, no omitiendo nada para que sea completa.

»Habiendo prometido los sabios complacer el deseo del príncipe, se retiraron para dar inmediatamente principio á su obra.

»Veinte años después volvieron á presentarse al rey, seguidos con una caravana de doce camellos, cada uno de los cuales llevaba quinientos volúmenes. El secretario de la Acadèmia, arrodillándose en las gradas del trono, habló de esta manera:

»—Señor: los académicos de vuestro reino tienen el honor de depositar á vuestros pies la historia universal compuesta por vuestro mandato. Comprende seis mil tomos y encierra todo cuanto nos ha sido posible reunir respecto á las costumbres de los pueblos y á las vicisitudes de los imperios. Hemos insertado las antiguas crónicas que felizmente se conservaban aún, ilustrándolas con notas abundantes sobre la geografía, la cronología y la diplomacia. Los prolegómenos forman por sí solos la carga de un camello y los paralipómenos á duras penas pueden ser llevados por otro.

»El rey respondió:

»—Señores: agradezco las molestias que os habéis tomado; pero estoy ocupadísimo con las atenciones de mi gobierno. Además, envejecí mientras trabajabais. He llegado, como dice el poeta persa, á la mitad del camino de la vida, y aun suponiendo que muera en edad muy avanzada, no puedo prometerme tiempo bastante para leer una historia tan larga. Os ruego que me hagáis un compendio más proporcionado á la brevedad de la existencia humana.

»Los académicos de Persia trabajaron veinte años más, presentando luego al rey mil quinientos volúmenes sobre tres camellos.

»—Señor—dijo el secretario perpetuo con la voz fatigada—, he aquí nuestra nueva obra. Creemos no haber omitido nada esencial.

»—Es posible—respondió el rey—, pero no la leeré tampoco. Ya soy viejo; las largas empresas no son propias de mi edad. Abreviad aún y no tardéis.

»Tardaron tan poco, que al cabo de diez años volvieron seguidos de un elefante cargado con quinientos volúmenes.

»—Me alabo de haber sido breve—dijo el secretario perpetuo.

»—No lo habéis sido aún lo bastante—respondió el rey—. Mi vida toca á su fin. Abreviad, abreviad si queréis que conozca antes de morir la historia de los hombres.

»Volvió el secretario perpetuo á presentarse en el palacio real pasados cinco años. Andando con muletas llevaba de la brida un borriquito cargado con un gran libro.

»—Daos prisa—le dijo un palaciego—; el rey se está muriendo.

»En efecto; el rey se moría. Dirigiendo hacia el académico y su gran libro una mirada agonizante, dijo suspirando:

»—¡Moriré sin conocer la historia de los hombres!

»—Señor—respondió el sabio casi tan moribundo como él—, os la voy á resumir en tres palabras: *Nacieron, sufrieron y murieron.*

»Así aprendió el rey de Persia, un poco tarde, la historia universal.

XVII

EL SEÑOR NICODEMUS

Mientras que en la *Imagen de Santa Catalina* mi buen maestro, sentado en lo más alto de la escalera, leía á Cassiodoro con deleite, entró en la tienda un viejecito de aspecto insolente y mirada severa. Se fué derecho hacia el señor Blaizot, que alargaba la cabeza sonriendo detrás de su mostrador.

—Caballero—le dijo—: sois librero establecido y debo juzgaros hombre de buenas costumbres. Sin embargo, hay en vuestro escaparate un tomo abierto de las *Obras de Ronsard* cuyo frontispicio presenta una mujer desnuda. Eso es un espectáculo que no puede tolerarse.

—Dispensadme, caballero—respondió suavemente el señor Blaizot—; ese frontispicio es de Leonardo Gautier, que tuvo fama en su tiempo de grabador muy hábil.

—Poco me importa—respondió el anciano—